

## EL PANATENAICO DE ISÓCRATES: 2.—TEMA Y FINALIDAD DEL DISCURSO

Isocrates began to write the *Panathenaicus* in the year 342 b.C. When he had reached paragraph 199, illness forced him to give up the writing of his work for three years. He revised and finished it in 339. The orator, who had already composed the *Philippus* in 346, never thought of addressing a second speech to the Macedonian king in 342, just when the city was clearly against Philippos. Isocrates' aim was actually to defend his own idea of education and his record as statesman in order to reject his adversaries' attacks. Therefore he chose as a subject for his speech a praise of Archaic Athens, a choice which allowed him to vindicate his patriotism and, at the same time, to be critical of the contemporary politics of his home town.

### 1. *Fecha y fases de composición.*

El *Panathenaico* de Isócrates es un discurso que, aunque con una estructura compleja, se articula claramente en torno a dos grandes temas expresos: 1) la propia figura de Isócrates y su labor como educador, que es central y explícita tanto en la parte inicial, en la que el orador define su concepción de la educación espoleado por las críticas que le dirigieron ciertos sofistas del Liceo (1-34), como en la parte final, cuando el discurso previo se somete a la crítica de los alumnos del orador, entre los cuales uno, de claras tendencias filoespartanas, valora lo escrito más en función de las intenciones y de la personalidad del orador que de los propios contenidos (229-272); 2) la alabanza de Atenas y su comparación con Esparta, que ocupa la parte central (35-228). Es esta sin embargo una división (aparte de aproximada) poco esclarecedora en la medida en que ambos temas se hallan más o menos entrecruzados por todo el discurso, que avanza como una especie de secuencia de cuestiones diversas y parece dar la impresión de una progresión improvisada más que de un conjunto hábilmente estructurado. Esta impresión de dislocación así como la dificultad evidente de apreciar cuál es el verdadero objetivo del discurso ha llevado a los estudiosos a emitir juicios muy negativos sobre la obra, que son

ya de todos conocidos y que no es preciso repetir aquí una vez más <sup>1</sup>. Sin embargo si la secuencia genérica del *Panatenaico* es aparentemente confusa, ello no es debido a la senilidad del orador o a su propio descuido <sup>2</sup>, sino más bien a una depurada técnica de composición, que pretende crear una sensación de improvisación y espontaneidad en un discurso escrito con el fin de romper la rigidez que va asociada a este medio de composición, tan distinto de la palabra hablada que dominaba la escena política contemporánea <sup>3</sup>. No es preciso recordar aquí la polémica que va asociada a los usos de la escritura en el siglo IV a.C. y que nos trae inmediatamente a la cabeza ciertos pasajes críticos de la obra de Platón y un polémico escrito de Alcidas contra la escritura <sup>4</sup>; pero sí es quizás necesario insistir en que el medio de divulgación que Isócrates pensó para su obra, el de la lectura pública ante auditorios restringidos -tal como acaba de demostrar Sylvia Usener en un libro reciente <sup>5</sup>-, condiciona de manera definitiva su composición, en la que las ideas y los temas se encadenan y fluyen hacia delante como llevados por su propio impulso y se evita cuidadosamente toda sensación de estructura previamente pensada de secuencias cerradas, algo que quitaría sin duda frescura y suspense a la composición.

Es por ello necesario profundizar más allá de las apariencias y buscar en el *Panatenaico* las claves de la estructura. No es mi propósito aquí proceder a comentar en detalle el desarrollo del discurso, pues ello desbordaría el presente marco y en definitiva no lograría aportar más precisión que la lectura del discurso en sí, pero sí resalta necesario decir dos palabras sobre las fases de su composición, porque pienso que ello nos permitirá entender mejor algunas de las referencias históricas contenidas en él, y porque además es precisamente el hecho de que el discurso se compuso en dos o incluso tres momentos sucesivos el que marca más claramente su estructura, más allá incluso que los dos temas que en él se tratan y que, como veremos abajo, se hallan incluso mucho más imbricados entre sí de lo que nos induce a suponer una lectura superficial de la obra.

---

<sup>1</sup> Cf. A. Masaracchia, *Isocrate. Retorica e politica*, Roma, 1995, pp. 83-88, para algunas de estas opiniones. Este autor, por el contrario, ha definido con acierto el *Panatenaico* como «la obra más singular de la producción isocrática y una de las más enigmáticas de su tiempo».

<sup>2</sup> Cf. infra nota 41.

<sup>3</sup> Para las referencias despectivas de Isócrates a esta escena política cf. infra 2.1 y 3.

<sup>4</sup> Cf. Z. Ritook, «Alcidas über die Sophisten», *Philologus* 135, 1991, pp. 157-163 y N. O'Sullivan, *Alcidas, Aristophanes and the Beginning of Greek Stylistic Theory*, Stuttgart, 1992.

<sup>5</sup> S. Usener, *Isokrates, Platon und ihr Publikum*, Tübinga, 1994.

En el comienzo de la obra Isócrates declara haber cumplido 94 años de edad <sup>6</sup> y un poco más adelante señala que la causa de que la compusiera proviene de un incidente que se produjo poco antes las *Grandes Panateneas* <sup>7</sup>. Estas dos indicaciones nos remiten a Agosto del año 342 como el término *post quem* para el comienzo de la redacción de la obra. En efecto, las *Grandes Panateneas* se celebraban cada cuatro años en el 28 del mes *Hekatombaion* (Julio/Agosto), concretamente en el tercer año de la Olimpiada respectiva; dado que Isócrates no puede referirse a las del año 338 (porque murió ese año y el discurso, como veremos, se completó tres años después de iniciado) ni probablemente tampoco a las del año 346 (año en el que compuso el *A Filipo* con una orientación política muy diferente), sólo quedan como posibles las *Grandes Panateneas* del 342. Las fuentes tardías confirman nuestra fecha, ya que nos dicen que Isócrates nació en el año 436/435 a.C. <sup>8</sup>, por lo que habría cumplido 94 años en el año 342/341 a.C.

Sin embargo, cuando Isócrates tenía el discurso mediado, le sobrevino, según él mismo declara al final del discurso, una grave enfermedad que le obligó a interrumpirlo durante nada menos que tres años <sup>9</sup>. Él mismo precisa un poco más adelante que tenía 97 años cuando le convencieron que terminara el discurso que había iniciado <sup>10</sup>, lo que sitúa su fecha de conclusión claramente en el 339 a.C. Estas indicaciones del propio discurso se ven confirmadas aproximadamente por otras fuentes. La *Vida de los Diez Oradores* (837e) dice que Isócrates compuso su obra un año antes de su muerte o, según algunos, cuatro años antes <sup>11</sup>, lo que coincide con las dos fases de la obra separadas tres años. Si aceptamos que Isócrates murió poco después de Queronea y de escribir su segunda carta a Filipo, tal y como quiere la tradición <sup>12</sup>, es decir en el año 338, ello nos permite corroborar las fechas de 342 y 339 que habíamos obtenido por cálculos internos. La versión de Luciano de que Isócrates murió a los 99 años al recibir la noticia de la derrota ateniense en Queronea <sup>13</sup>, podría entenderse si se piensa que Isócrates pudo morir en su año 99, cuando ya había cumplido 98. Un cálculo inclusivo es posible también en un testimonio de

<sup>6</sup> 3: τοῖς ἔτεσι τοῖς ἐνεηκόντα καὶ τέτταρσιν, ἀγὰ τυγχάνω γεγονῶς.

<sup>7</sup> 17: μικρὸν δὲ πρὸ τῶν Παναθηναίων τῶν μεγάλων.

<sup>8</sup> Dioniso de Halicarnaso, *Isocrates* 1.

<sup>9</sup> 267: ἥδη δὲ τῶν ἡμισέων γεγραμμένων ἐπιγενομένου μοι νοσῆματος ... τοῦτω διατελῶ τρί' ἔτη μαχόμενος.

<sup>10</sup> 270: ἐπέισθην ... γενέσθαι πρὸς τῇ τῶν λοιπῶν πραγματεία γεγονῶς μὲν ἔτι τρία μόνον ἀπολείποντα τῶν ἑκατόν.

<sup>11</sup> πρὸ ἐνιαυτοῦ ἢ ὡς τινες πρὸ δ' ἐτῶν τῆς τελευταίας συγγραφῆς τὸν Παναθηναϊκόν.

<sup>12</sup> Para las noticias sobre la muerte de Isócrates y su segunda carta a Filipo dedicaré la tercera parte de este estudio (cf. nota 50).

<sup>13</sup> *Macrobii* 23.

Cicerón que nos dice que Isócrates escribió su *Panathenaiskos* cuando tenía 94 años (siempre el 342) y murió cinco años después<sup>14</sup>. Esta indicación no tiene por qué remitir necesariamente al 337: la fecha del 338 es también perfectamente compatible con las indicaciones de Cicerón, si se cuenta el año inicial y el final dentro de los cinco.

La existencia de dos fases en la composición del discurso es pues un hecho que Isócrates no sólo no oculta, sino que incluso data con precisión<sup>15</sup>. Las razones, que no nos ocuparán aquí, tienen que ver con su deseo de documentar su proceder como orador (el debate con sus alumnos que ocupa el tercio final del *Panathenaiskos*) y, quizás también colateralmente, de proporcionar un marco cómodo a su exposición. Por ello, cuando publica el discurso, no procede a corregir la fecha de 94 años que dijo que tenía al principio del mismo, sino que la mantiene e incluso remite a ella en 266 diciendo que cuando empezó el discurso tenía la edad «que ya indiqué justamente antes al principio»<sup>16</sup>. Isócrates mantiene la disparidad de fechas conscientemente y no es por lo tanto correcto pensar que esta disparidad indica que la primera parte del discurso

<sup>14</sup> *Cato Maior* V 13: *placida ac lenis senectus, qualem accepimus Platonis ..., qualem Isocratis, qui eum librum qui Panathenaiskos inscribitur quarto et nonagesimo anno scripsisse se dicit uixitque quinquennium postea.*

<sup>15</sup> Lo que sigue matiza ligeramente lo que afirmé en *Emerita* 64, 1996, p. 141 nota 18 en donde seguía la tesis de A. F. Natoli, «Isokrates XII 266-272. A Note on the Composition of Panathenaiskos», *Museum Helveticum* 48, 1991, pp. 146-150, de que el *Panathenaiskos* «no se compuso en dos fases». En realidad, el *Panathenaiskos* sí se compuso en dos fases, pero, tal como afirmaba entonces, «cualquier afirmación vertida en el discurso se debe explicar única y exclusivamente en función del año en que Isócrates lo concluyó, es decir, del año 339», ya que, como veremos enseguida, Isócrates corrigió en 339 lo escrito en 342. No hay, como veremos *infra*, ninguna prueba de que Isócrates dejara de corregir en el año 339 pasajes de su discurso escritos en el 342 que entraran en contradicción con su nueva redacción del discurso. A efectos de la valoración global del discurso se debe pues tener en cuenta sólo su redacción final en el 339.

<sup>16</sup> 266: ἐγὼ γὰρ ἐνεστησάμην μὲν αὐτὸν ἔτη γεγονὸς ὅσα περ ἐν ἀρχῇ προεῖπον. La indicación de edad en 3 señala ya por sí sola que el proemio inicial del discurso fue escrito en el 342 y parece contradecir la hipótesis de Masaracchia, o. cit. (nota 1) pp. 136 ss., de que el proemio inicial del discurso (1-34) fue añadido posteriormente en el 339. Si Isócrates hubiera añadido el proemio en el 339 entonces no habría escrito que tenía ahora (νῦν) 94 años, sino que se habría referido precisamente en ese punto a la interrupción de tres años provocada por su enfermedad: señalar en el 339 la edad que tenía al comienzo del discurso y no al final, sin mencionar lo sucedido, no es un procedimiento lógico. Creo que es evidente que Isócrates completó el discurso iniciado en el 342 respetando sus indicaciones, aunque ello no implica, insisto, que no lo corrigiera. Simplemente, Isócrates quiso mantener la ficción de la composición progresiva, que además le evitaba reestructurar por completo el discurso.

escrita antes de la enfermedad no fue revisada cuando Isócrates procedió a escribir el resto tres años después.

Pero si la composición del discurso en dos fases es clara, mayor problema plantea sin embargo saber si a cada una de esas fases corresponde una parte del discurso y, si esto es así, dónde deberemos establecer el corte. El hecho de que Isócrates diga que después de la enfermedad le instaron a que se ocupara del resto del discurso (πρὸς τῇ τῶν λοιπῶν πραγματείᾳ) que estaba medio escrito (τῶν ἡμισέων γεγραμμένων) indica claramente que una parte del discurso corresponde a la redacción del año 342 y la otra a la del año 339. ¿Dónde estaría pues el corte entre las dos entonces? A mi entender el corte habría que situarlo en 199. En ese momento Isócrates indica que su discurso no concluirá con una alabanza de las grandes acciones de Atenas, como suelen realizar los oradores al uso, y añade que aún tiene algo que decir (ὄλλ' ἔτι λέγειν ἀναγκάζομαι). Entonces en 200 pasa a relatarnos cómo se le ocurrió, cuando revisaba el discurso que había escrito en compañía de tres ayudantes, presentarlo a sus discípulos para que le dijeran su parecer. Lo que revisa Isócrates es evidentemente el discurso previo escrito hasta 199 y, aunque no nos indica aquí cuánto tiempo ha transcurrido entre su conclusión y la actual revisión, nada nos impide suponer que son precisamente tres años. Esta idea se ve confirmada precisamente por el tenor del discurso subsiguiente.

En efecto, en los párrafos 200-230 dos observaciones breves del antiguo discípulo filoespartano sobre las virtudes espartanas que él cree no ver reflejadas en el discurso previo (202 y 215-217) motivan dos largas intervenciones del propio Isócrates para refutarlas (204-214 y 219-228). Estas dos intervenciones de Isócrates cierran perfectamente el discurso que, como advertía ya el orador en 199, concluye frente a lo que sería esperable, no con una alabanza de las virtudes atenienses, sino con una descalificación de las de su rival Esparta. Ya volveremos *infra* sobre esta paradoja. De momento señalaré que esta parte del discurso parece el adecuado cierre a una obra que el orador dejó incompleta en 199 cuando le sobrevino la enfermedad. Tres años después, recuperado de ella y cuando relee lo escrito, es el encuentro con un antiguo alumno el que le da la idea para rematar el discurso. Después de este encuentro, cuando tuvo un poco de tranquilidad, según él mismo nos dice en 231, dictará Isócrates entonces a su esclavo el discurso que había pronunciado antes.

Pero, y en un nuevo giro inesperado, cuando el lector esperaba ya que concluyese la obra, Isócrates se siente repentinamente insatisfecho con lo escrito. Ello tiene lugar sólo tres o cuatro días después de concluir el discurso, cuando el orador lo relee (τριῶν γὰρ ἢ τετάρων ἡμέρων ...), por lo que es evidente que no hay que buscar en esta pausa los tres años de enfermedad. El

discurso está ya acabado y cerrado, pero no convence al orador, que ahora convoca a todos sus discípulos para que opinen sobre él. Lo que seguirá enmarcar simplemente la larga valoración del discípulo filoespartano en 235-263 sobre la finalidad del discurso. Isócrates no añade ninguna idea nueva a su «discurso», sino que describe y ambienta la reunión y concluye la obra diciendo en qué circunstancias la compuso. Es evidente que aunque lo que está escrito tras 230 pertenece al discurso *Panatenáico*, no pertenece *sensu stricto* al «discurso» en alabanza de Atenas que Isócrates concluye en ese párrafo, sino que simplemente lo comenta y nos informa de su verdadero sentido. En conjunto pues, la extensión de lo escrito en el año 339 (200-272) ocupa un tercio del total del discurso final que se nos ha conservado. Si a esto se añade la labor de revisión y publicación del conjunto, se entiende perfectamente que Isócrates pueda decir que dejó semiescrito el discurso cuando en el año 342 lo abandonó en el párrafo 199 <sup>17</sup>.

No hay por qué dudar de la labor de revisión del discurso escrito en el 342 cuando Isócrates lo retoma tres años después, algo que confirma simplemente el verbo *ἐπανορθόω* - 'corregir' que utiliza el orador en 200 cuando se refiere al discurso previo que ahora 'relee' (*διέξιμι*, también en 231). Un ejemplo clarísimo a mi entender de esta labor de corrección realizada en el año 339 por Isócrates sobre lo escrito tres años antes la encontramos en 168-171 a propósito de la leyenda que habla de cómo el rey Adrasto recuperó los cadáveres de los argivos caídos ante Tebas gracias a la mediación del rey ateniense Teseo. Isócrates escribió en *Panegírico* 54-60 otra versión de este episodio (histórico para él) claramente hostil hacia Tebas <sup>18</sup> y en la que se relataba cómo sólo la fuerza de las armas obligó a los tebanos a devolver los cadáveres de sus enemigos caídos en su territorio. Ahora en cambio, los tebanos responden *μετρίως* a las demandas que les hace Atenas en nombre de Adrasto y, tras un debate

<sup>17</sup> Si por el contrario suponemos que Isócrates dejó el discurso en el 342 en torno a los párrafos 108-112 tal como es la *communis opinio*, podría decirse con razón que el discurso no estaba «semiescrito», sino sólo iniciado. En 108-112 Isócrates sólo indica que hablará de los méritos respectivos de las constituciones de Atenas y Esparta para demostrar que incluso aquí, y pese a lo que dicen sus oponentes, se debe preferir la de Atenas a la de Esparta. El orador dice que no pensaba tratar este tema y que si lo hace es para anticipar una posible objeción. En realidad esta afirmación no es sino el típico recurso al adversario fingido para hacer progresar la argumentación y hacerla más viva (menos *literaria*) y en modo alguno implica que el orador haya revisado el plan de la obra en este punto por alguna circunstancia externa.

<sup>18</sup> En *Helena* 31 Isócrates dice que Teseo restituyó los cadáveres de los argivos a Adrasto βίᾳ Θηβαίων. En *Plataico* 53 escribe que los atenienses consiguieron esto ἀναγκάζοντες a los tebanos.

y denunciar la invasión de su propio territorio por los argivos, devuelven los cadáveres. Los tebanos actuaron así, nos dice Isócrates en 171, «en discrepancia con la opinión que tienen algunos de ellos». La rectificación que hace Isócrates de la historia es tan palmaria, que el propio orador, que tenía una visión orgánica de toda su obra escrita, se ve obligado a continuación a decir unas pocas palabras para justificar este sorprendente viraje. Escribe así:

Que nadie crea que ignoro que estoy diciendo cosas contrarias a las que yo parecía haber escrito sobre estos mismos acontecimientos en el *Panegírico*, pues no pienso que nadie de los que puede entender de estos asuntos llegue a tener tal grado de ignorancia y esté tan lleno de envidia que no me alabe y considere que fui sensato entonces al obrar de aquel modo y ahora al tratar así estos asuntos. En efecto, sobre estos asuntos sé que he escrito correctamente y como convenía (συμφερόντως).

Está claro que Isócrates está apuntando que las circunstancias habían cambiado desde cuando redactó el *Panegírico* hasta ese preciso momento y que, en consecuencia, él debe actuar conforme a ellas. Isócrates no dice nada preciso acerca de en qué consistió este cambio, pero es evidente que no puede tratarse sino de una alianza de Atenas con Tebas, o cuanto menos de una aproximación. Dado que Atenas y Tebas han estado enfrentadas durante todos los años cuarenta (disensión que ha sido hábilmente explotada por Filipo), el pasaje puede haber sido escrito a lo más pronto en torno al verano del 339, cuando a raíz de la guerra contra Anfisa los tebanos empezaron a temer la expansión de Filipo II en Grecia central y pudieron iniciar su acercamiento a los atenienses, hasta entonces sus enemigos declarados; un acercamiento que se concretará en alianza en el otoño. Es evidente por lo tanto, que Isócrates corrigió en el año 339, tal como el mismo declara en 220, la versión de este pasaje tal como lo había escrito en el 342 y suavizó sus críticas hacia Tebas atendiendo a la nueva situación política creada. Aunque con ello entraba en contradicción con su propia opinión al respecto, tal como la había expresado en el *Panegírico*, Isócrates se dió perfecta cuenta en el 339 que manifestar abiertamente sus críticas a Tebas en un momento en que Atenas buscaba la alianza con esta ciudad para hacer frente a Filipo (con el que estaba en guerra declarada desde el 340) podría haber sido considerado quizás como una traición en momentos muy difíciles para su ciudad. Por ello, al «releer y corregir» la parte del discurso escrita en el 342, modificó la leyenda de la petición de Adrasto a Teseo y la hizo aparecer en una luz mucho más favorable para los tebanos. Isócrates justifica incluso su antigua versión de la leyenda, en la que Atenas obligaba a Tebas por las armas a devolver los cadáveres de los argivos, y

nos dice que si la escribió fue sólo para resaltar la superioridad militar de Atenas <sup>19</sup> — y no, se sobreentiende, con la finalidad de criticar a Tebas.

Que esta interpretación es correcta y que Isócrates, al publicar el *Panatenáico* en el 339 <sup>20</sup>, corrigió un pasaje que escribió él mismo tres años antes de su enfermedad, es algo que creo que puede dudarse. Pero sobre todo, este es un dato que nos permite comprobar en qué medida Isócrates no es un escritor desvinculado de la evolución política de Atenas, sino un escritor que escribe justamente en función de los acontecimientos y que aunque pretende divulgar sus propias ideas, es perfectamente consciente del *καιρός*, del momento, y de sus límites. Esta idea confirma lo que ya apunté en la primera parte de este estudio, que Isócrates no pudo ni quiso dedicar a Filipo su discurso en el 339, ni siquiera, como apuntaba Wendland, como un *λόγος σχηματισμένος*.

La única posibilidad para suponer que Isócrates dedicó su discurso a Filipo es pensar que esa fue su intención inicial, cuando esbozó la parte inicial en el 342, en un año en el que Atenas no estaba en guerra *abierta* (sobre esta matización cf. *infra* 2) con Filipo II. La orientación promacedonia del mismo habría sido sin embargo eliminada por Isócrates cuando en el 339, recuperado de su enfermedad de tres años, retomó la redacción del discurso instado por sus amigos. Ahora Atenas sí que estaba ya en guerra contra Filipo y no era procedente declararse de nuevo (como en el *A Filipo*) partidario del macedonio, de forma que Isócrates eliminó toda alusión a él en la versión corregida que ahora iba a publicar, quitando por lo tanto al discurso su intención original y dándole ese carácter confuso que hoy posee. Esta es, resumida, la tesis que sostiene inteligentemente Agostino Masaracchia en un libro reciente <sup>21</sup>. A su favor tiene el hecho de que, como acabamos de ver, Isócrates corrigió sin duda en el 339 la parte del discurso escrita en el 342.

Sin embargo no basta esto tan sólo, sino que es preciso rastrear en el discurso (preferentemente, por lo tanto, en la parte previa al párrafo 199 al que subyace una redacción del año 342) pasajes que puedan entenderse claramente como antiguas alusiones a Filipo, rebajadas o camufladas por la labor de co-

<sup>19</sup> 172: ὅσον δ' ἡ πόλις ἡμῶν διέφερε τὰ περὶ τὸν πόλεμον κατ' ἐκείνον τὸν χρόνον, τοῦτο γὰρ ἀποδειξοῖται βουλούμενος δηλῆσθαι τὰ γενόμενα Θήβησιν ...

<sup>20</sup> Isócrates sí editaba sus discursos y es posible fecharlos en fechas concretas, frente a lo que ocurre con los de Demóstenes: tal como ha demostrado Usener, o. cit., Isócrates escribió siempre sus discursos para que fuesen leídos en público o en privado por otros, lo que nos hace confiar en la fidelidad de una transmisión; en cambio Demóstenes redactaba sus discursos después de pronunciarlos, por lo que es difícil saber qué pronunció realmente en cada momento y de qué momento procede su versión escrita.

<sup>21</sup> Cf. nota 1.

recepción del 339. Es evidente que esto encierra en sí una paradoja, pues nunca será posible encontrar en el discurso una alusión clara a Filippo si esta ha sido conscientemente *enmascarada* por la revisión del discurso del 339. De esta forma Masaracchia puede aceptar como tenues e indirectas alusiones a Filippo pasajes en sí completamente neutros, suponiendo que detrás de ellos se ocultan referencias más explícitas de la redacción del año 342. Se trata éste, sobra decirlo, de un procedimiento viciado, que permite una gran libertad de juicio al investigador y que, en el fondo, no es muy diferente del procedimiento seguido por Wendland, que justificaba lo tenue de las alusiones a Filippo con el argumento del λόγος σχηματισμένος.

Aun pasando por alto estas circunstancias, ninguno de los pasajes del *Panatenaico* que Masaracchia relaciona con la figura de Filippo nos remite, si quiera sea de forma indirecta, a la figura del rey macedonio. Sobre el excursus a Agamenón ya hablé en la primera entrega de este estudio y a ella me remito <sup>22</sup>. Allí traté también de algunos otros pasajes del discurso que no podían relacionarse a mi entender con Filippo, tal como proponía Wendland. Masaracchia considera en su estudio algunos de estos pasajes, sobre los que no voy a volver, y añade otros nuevos, que creo que no es tampoco posible relacionar de modo alguno con Filippo, a menos que se distorsione su sentido y se saque fuera del contexto de la frase, tal como intenté hacer ver en mi reseña a su libro aparecida en EMERITA 65, 1997. A los ejemplos allí comentados añadiré aquí uno más que me parece ilustrativo del proceder algo sesgado de Masaracchia al intentar relacionar pasajes concretos del *Panatenaico* con la figura de Filippo. En §11, en el proemio al discurso, Isócrates dice que en sus discursos él siempre ha hablado περὶ τῶν Ἑλληνικῶν καὶ βασιλικῶν καὶ πολιτικῶν πραγμάτων. Masaracchia llama con acierto la atención sobre el hecho de que en *Antídosis* §46 Isócrates señala que sus discursos han sido Ἑλληνικοὺς καὶ πολιτικοὺς καὶ πανηγυρικοὺς, y considera que la introducción del término βασιλικά en el 342 debe entenderse como una clara alusión al βασιλεύς Filippo II, al que dedicó en el 346 un discurso que no estaba escrito en el 354/3 cuando publicó la *Antídosis*. Aunque esto fuera así, tampoco probaría nada con respecto a la intención del *Panatenaico*, pues Isócrates se habría referido sólo a sus discursos anteriores y no al presente y además en unos términos muy vagos que no tenemos por qué suponer que eran más precisos en la versión del 342. Pero es que además es bastante probable que con el adjetivo βασιλικός Isócrates no se refiera al βασιλεύς Filippo, sino al βασιλεύς por antonomasia, es decir, al Gran Rey de Persia <sup>23</sup>, contra el que, según insiste Isócrates repetida-

<sup>22</sup> Masaracchia no conocía obviamente mis argumentos al publicar su libro, ni yo su libro al publicar mi artículo.

<sup>23</sup> De hecho Isócrates utiliza el nombre βασιλεύς sin el adjetivo μέγας constantemente

mente en casi todos sus discursos (y también en el presente en el *excursus* de Agamenón), deberían combatir todos los griegos. La diferencia de formulación con respecto a la *Antídosis* no la considero significativa, ni pienso que el término *πανηγυρικός* deba equivaler al *βασιλικός* del *Panatenaico* (el orden de los términos varía). Más significativo me parece en cambio el binomio *περὶ τῶν Ἑλληνικῶν καὶ βασιλικῶν*, que pienso debe entenderse como una especie de endíadis, «la guerra entre griegos y el rey», opuesto a los asuntos civiles internos expresados por el adjetivo *πολιτικῶν*.

En cualquier caso, más allá de lo forzado de interpretaciones concretas, pienso que aunque efectivamente sea posible ver alguna alusión concreta e indirecta a Filipo en el discurso (pese a que no creo que ese sea el caso por las razones que apuntaré en breve), ello nada nos diría sobre la finalidad última del mismo, que debe pasar por explicar los dos temas apuntados al principio y que consituyen el centro argumental de la obra. Admitir alguna referencia aislada a Filipo no serviría además sino para demostrar que Isócrates no había abandonado, como es quizás lógico suponer, su proyecto político tal como lo expuso en el *A Filipo*, pero ello no tiene por qué implicar que el *Panatenaico* fue escrito para abordar ese proyecto político vinculado concretamente a la persona de Filipo. Por otra parte, si se supone que en el 342 Isócrates escribió su discurso como una especie de desarrollo de su *A Filipo*, es preciso admitir entonces que su reelaboración en el 339 ha sido total, ya que el discurso es una comparación de los méritos respectivos de Atenas y Esparta y no se ve por dónde podría encajar Filipo en este esquema. Pensar que en el discurso Isócrates proponía a Atenas como aliada fiel de Filipo como propone Masaracchia (en vez de como enemiga) es algo que no sólo es improcedente considerando las circunstancias del año 342, sino que contradice el tenor de todo el discurso, en el que Isócrates más que una alabanza de Atenas, hace una crítica de su constitución y política actual. Pero es que además, nada avala esta reelaboración profunda del discurso, ya que Isócrates, como vimos, sólo se refiere a una relectura y corrección, de forma que más que cambios profundos, habrá que pensar en corrección de pasajes o frases concretas del estilo de la que observábamos antes respecto a la leyenda de Adrasto. Tampoco afirma Isócrates en ningún momento, tal como pretende Masaracchia (p.130) a pro-

---

para referirse al Gran Rey. En el mismo *A Filipo* *βασιλεύς* aparece en casi todos los casos (salvo en 76: τῆς Ἀσίας β.) sin ningún tipo de precisión para designar al soberano persa (63, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 95, 99, 101, 102, 103, 105, 119, 126, 139). No parece que Isócrates haya sentido la necesidad de distinguir a este *βασιλεύς* de Filipo, al que no designa con este nombre. Es más, en dos ocasiones del *A Filipo* se utiliza una expresión con el sustantivo *πράγματα* idéntica a la del *Panatenaico* 11 para hacer referencia a los asuntos relacionados con Persia (*τῶν βασιλείως πραγμάτων* en 92; *τοῖς βασιλείως πράγμασι* en 103).

pósito de 232, que «después de su enfermedad han desaparecido las razones inspiraban su λόγος original», sino que simplemente se plantea las dudas acerca del enfoque que ha dado al tema — por razones, como veremos, muy distintas de las que se apuntan y que tienen que ver con su temor a que las críticas que hizo a Esparta hayan ido más allá de lo razonable.

Así pues, el postular que una versión inicial del *Panatenaico* estuviera dirigida a Filippo es una hipótesis válida, pero que no encuentra confirmación alguna en el propio texto. La alabanza de Filippo es algo que resulta difícilmente compatible con una alabanza (o incluso crítica) a Atenas y ello además en un discurso en el que no hay ningún puente expreso que nos lleve de Atenas a Macedonia <sup>24</sup>.

Considerando todo esto, creo que el camino más correcto que debe seguirse a la hora de analizar la finalidad del discurso es considerar por una parte en qué circunstancias políticas concretas se escribió y por otra (y al mismo tiempo) ver en qué medida los asuntos tratados por Isócrates en el discurso responden a esas circunstancias.

## 2. *El A Filippo, el Panatenaico y la situación política de Atenas desde la paz de Filócrates (346) hasta Queronea (338).*

Los proyectos políticos de Filippo eran sobre todo la campaña en Asia Menor, algo en lo que coincidía plenamente con Isócrates. Demóstenes no pensaba luchar contra el persa e incluso recibió apoyos de él contra Filippo (probablemente porque los persas temían su ataque) que denunció el propio macedonio en una carta (*Dem.* XII 6-7) del año 340 (auténtica cuanto menos en el contenido, si no en el tenor literal). La extraña ejecución con engaño de Hermias de Atarneo ca. 342 <sup>25</sup>, amigo de Aristóteles, que podría ser cabeza de puente contra la invasión persa, confirma que éste era el objetivo prioritario de Filippo, que para ello sin embargo debía contar con el apoyo (o no beligerancia) de la Tracia y la Calcídica en la que Atenas tenía intereses. Ello le llevó poco a poco a inmiscuirse en los asuntos internos de Grecia Central a través de Tesalia y la Anfictionía. El recelo de Demóstenes y otros sectores de la asamblea ateniense frente al poderoso reino macedonio hizo pronto inevitable la confrontación, que Filippo no buscó, pero que no podía rehuir

<sup>24</sup> Como ocurre en el *A Filippo* 56, donde Isócrates, por ejemplo, indica que Atenas seguirá a Filippo si se convence de que éste dirigirá sus fuerzas contra el persa (lo que no es un apoyo incondicional, ciertamente). En su segunda carta a Filippo del año 338 después de Queronea Isócrates menciona el escrito que le dirigió ocho años antes, por lo tanto en el 346 (el *A Filippo*) y calla toda referencia al *Panatenaico*. Si la carta fuese auténtica ello implicaría que en la conciencia de Isócrates el *Panatenaico*, en cualquiera de sus fases en el 342 o en el 339, nunca tuvo nada que ver con una amonestación a Filippo.

<sup>25</sup> Diodoro Sículo XVI 52 y Dionisio de Halicarnaso, *Ep. ad Ammaeum* 5.

si quería llevar a buen término la campaña contra el persa sin tener problemas en su retaguardia griega.

La historiografía tradicional, cuyo máximo representante puede ser Arnold Schaefer <sup>26</sup>, olvida el fin último de las aspiraciones de Filipo y se preocupa en describir sus ambiciones sobre Grecia. Sobra decir que en ello sigue fielmente las pautas marcadas por la obra de Demóstenes, que es una de las fuentes más importantes para la historia del periodo. En este sentido, es curioso observar cómo la alta valoración de Demóstenes como autor literario lleva insensiblemente a una identificación del filólogo con la figura de Demóstenes como persona, lo que implica necesariamente la defensa de sus postulados políticos frente a sus enemigos (como puede ser el propio Esquines) y la caracterización en claroscuro de los actores políticos <sup>27</sup>. Esta peligrosa filologización de la historia es una de las herencias de la Antigüedad, que ya valoraba altamente a Demóstenes como orador, por encima de Isócrates (el caso paradigmático es Dionisio de Halicarnaso) <sup>28</sup>. El libro de Schaefer, claramente hostil al rey macedonio y enfervorizado defensor del orador ático, pesa todavía mucho en la visión de nuestros estudios en la medida en que ofrece el panorama más extenso y detallado existente hasta la fecha del periodo de actividad de Demóstenes. Ello no quiere decir que no existan otras posiciones, ya desde hace bastante tiempo, como por ejemplo la que resume este párrafo de J.R. Ellis:

Una visión retrospectiva sugiere (contrariamente a la insistencia machacona de nuestras fuentes helenocéntricas, en su mayor parte atenienses) que no era Grecia, sino la amplitud y relativa prosperidad de Asia Menor lo que atraía a Filipo. Aquí había una serie de objetivos dignos de un gran rey-soldado y de un gran ejército, una fuente que permitiría recompensar con prestigio, botín y tributos el esfuerzo invertido. El organizador de amplios contingentes armados, por muy preocupado que esté con la promoción de la seguridad local y la unidad social, no se puede permitir ignorar los peligros de un ejército que no se ocupa de las clases de campañas que proporcionan autoestima, incentivos y beneficios a sus miembros ... Filipo estaba ahora, podemos suponer, bien informado acerca de las debilidades

<sup>26</sup> A. Schaefer, *Demosthenes und seine Zeit*, Leipzig, 1865-1887, 3 vols.

<sup>27</sup> Cf. por ejemplo estas palabras de Antonio López Eire sobre Demóstenes (cursiva mía): «Frente al pesimismo de Foción, los *ensueños* de Isócrates, el comportamiento poco edificante de Esquines y Demades y la preocupación obsesiva por las finanzas que caracteriza a Eubulo, la voz elocuente y noble de Demóstenes nos atrae poderosamente porque *suen*a sincera, desinteresada y valerosa» (en J.A. López Férez (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1988, p. 768).

<sup>28</sup> Hasta la obra de J.G.Droysen sobre el periodo helenístico en los años treinta y cuarenta del s. XIX, la derrota de Demóstenes y de Atenas en Queronea fue vista como el fin del mundo griego y no como una nueva etapa que permitía finalmente realizar los planes de expansión del mundo griego que soñaban tanto Filipo como Isócrates.

y poderes de los persas más allá del Helesponto y sabía las ganancias que podía obtener allí. Pero no se podía ignorar el territorio griego, puesto que las exigencias de la defensa macedonia, ampliamente cubiertas por el año 348, habían creado compromisos con aliados tan vitales como Tesalia y conflictos con aquellos estados del sur, especialmente Atenas, que estaban acostumbrados a explotar los recursos del norte del Egeo en puertos, minerales, madera y alimentos. Era esencial conseguir un acuerdo fiable con los griegos si Filipo quería estar libre para dirigirse hacia el Este <sup>29</sup>.

Si aceptamos entonces una óptica menos hostil a Filipo, hemos pues de admitir que las propuestas de Isócrates al macedonio explicitadas en su *A Filipo* no eran tan utópicas o ingenuas como se ha querido ver en algunas ocasiones y reposaban sobre razonables esperanzas. Pero, y esto es lo que ahora nos importa, el *A Filipo* fue escrito en el año 346, cuando todavía era posible pensar en una evolución de los acontecimientos más favorable para la posición ateniense. En efecto, en ese mismo año en que publica Isócrates su discurso, se firmó la paz, llamada de Antálcidas por su promotor, entre Atenas y Filipo que puso fin al enfrentamiento que se había producido entre ambos estados en los años precedentes en torno a las posesiones del norte del Egeo.

No hay sin embargo que equivocarse y pensar que la paz de Antálcidas inaugura un periodo de relación fluida entre ambos poderes. La desconfianza es mutua y da la sensación de que la paz se ha firmado porque en Atenas la mayoría de la población es hostil a las campañas militares <sup>30</sup> y no porque los atenienses confíen en Filipo. De hecho el tratado de paz no cumple las expectativas atenienses, pues ni Oropo ni Eubea volvieron a manos de Atenas ni se reconstruyeron Tespias y Platea, como se esperaba. El propio Isócrates, cuando escribe su *A Filipo* ya indica claramente lo aventurado de su posición y las críticas que suscitará sin duda su discurso (128).

No es por ello de extrañar que los primeros años que sigan a la paz de Antálcidas sean años de tensión y que aunque los partidarios de la paz y de dar credibilidad a la palabra del macedonio sean quizás mayoría <sup>31</sup>, no dejen

---

<sup>29</sup> J.R. Ellis, «Macedon and north-west Greece», en *The Cambridge Ancient History*, vol. VI, *The Fourth Century B.C.*, Cambridge, 1994, p. 751. Allí se encontrará una selección de bibliografía sobre la guerra entre Filipo y Atenas en el apartado D.I-II.

<sup>30</sup> Desde el fin de la guerra social o de los aliados en el 355, Atenas interviene de manera poco enérgica en los conflictos griegos y así en la propia guerra que tuvo contra Filipo (declarada ya en el 357 a raíz de la toma de Anfípolis). Hay un cansancio ante la guerra, que vemos reflejado en los discursos del propio Demóstenes exhortando a sus conciudadanos a abandonar su pasividad.

<sup>31</sup> No olvidemos que incluso el propio Demóstenes participó en la primera embajada que se envió a la corte de Pella para negociar la paz con el macedonio y que de los diez embajadores atenienses sólo él manifestaría posteriormente su oposición al tratado.

de producirse constantemente episodios, incitados por el sector de la asamblea ateniense hostil a la expansión macedonia, que minan cada día un poco más las bases de un entendimiento entre ambos estados. Las campañas de Filipo tras la paz se centran entre los ilirios y los tesalios. No hay síntomas que lleven a pensar en una declaración de guerra y así Isócrates puede escribir, probablemente en el verano del 344, una carta al rey (bien es verdad que privada) preocupándose por su salud y por las heridas que ha recibido recientemente en una campaña contra los ilirios <sup>32</sup>.

Sin embargo, ya en el año 344 la situación se va haciendo cada vez más difícil en Atenas para los partidarios del macedonio <sup>33</sup>. La alianza de Filipo con los mesenios, argivos y megalopolitanos frente a Esparta provoca un viaje de Demóstenes a esas regiones en ese mismo año para frenar las alianzas de estos estados con Filipo. Del viaje y de las palabras que pronunció Demóstenes nos informa él mismo en su *II Filípica*. En ella además encontramos una amenaza del orador contra todos aquellos oradores que considera fueron responsables de la paz con Filipo y a los que exige responsabilidades (28-31 e incluso hasta el final del discurso: tres veces se usa el verbo *καλεῖν*). Es verdad que bajo estos oradores Demóstenes se refiere a los del ágora y no a Isócrates, pero resulta también evidente que el famoso orador empieza ahora a intensificar su campaña contra los promacedonios que había paralizado un par de años después del fracaso de la acusación que en su nombre y con su apoyo dirigió Timarco contra Esquines el propio año 346 al regreso de los embajadores atenienses de Pella. Una embajada del enviado bizantino Pitón, en nombre de Filipo, intenta en el año 343 rebajar la creciente escalada entre los dos poderes <sup>34</sup>, pero no sólo no consigue el objetivo previsto, sino que la asamblea ateniense revisa el tratado de Filócrates y en vez de la cláusula que indicaba que cada uno de los dos estados debía conservar las posesiones «que tenía» en el momento de la firma del tratado (*ἐκατέρου ἔχειν ἃ ἔχουσιν*) la asamblea

<sup>32</sup> Es la fecha apuntada por G. Mathieu - É. Brémond (eds.), *Isocrate*, vol. IV, París, 1962, pp. 174-175, y que se suele dar por válida. Sin embargo algunos estudiosos sitúan un año antes la campaña de Iliria. La primera carta a Filipo, la carta II del corpus epistolar isocrateo, tiene todos los visos de ser auténtica.

<sup>33</sup> Schaefer, o. cit. p. 374, describe así el momento político en torno al 344: «la situación en Atenas y la opinión pública en los últimos tiempos se habían vuelto cada vez de forma más decidida contra Filipo. Sus partidarios fueron castigados por los servicios que le habían prestado o depuestos de forma humillante, mientras sus oponentes declarados ganaban cada vez más el aprecio del pueblo y su influencia iba ya mucho más allá de Atenas: en reuniones públicas ante sus aliados y protegidos describían a Filipo como una persona que no cumplía su palabra y ambiciosa de poder, revelaban sus planes para someter a su imperio a todos los estados griegos ...».

<sup>34</sup> Cf. Schaefer, o. cit., pp. 375-381.

ateniense redacta ahora que cada estado debe tener «lo que es suyo» (ἐκατέ-ρους ἔχειν τὰ ἑαυτῶν) lo que implica abrir de nuevo el camino a las reivindicaciones territoriales de los atenienses en el norte del Egeo <sup>35</sup>. El propio Schaefer reconoce que esta propuesta era «ein klares und bündiges Ultimatum» para Filipo. No es casual que en ese mismo año, el 343, Filócrates, el responsable de la paz del 346, se exilie voluntariamente para evitar enfrentarse a una acusación. Acto seguido tiene lugar el proceso contra Esquines por su embajada del 346 que renueva ahora Demóstenes <sup>36</sup> y que aunque no acaba con la condena de Esquines marca en cierto modo un punto de inflexión: a partir del 343 puede pensarse que el partido antimacedonio domina la escena política en Atenas. Añádase a esto la expansión del macedonio también en ese mismo año, en las ciudades de Eubea, isla que puede considerarse el patio delantero del Ática y las provocaciones del general Diofites a los aliados de Filipo en Tracia en el año 342, y se verá hasta qué punto han cambiado las circunstancias en Atenas desde el año 346.

No es en absoluto desacertado calificar la situación desde el año 343/2, de guerra larvada entre Atenas y Filipo. Es verdad que la guerra sólo estallará oficialmente en el 340, pero parece que esta demora en romper abiertamente las hostilidades es debida más a razones de conveniencia de ambos bandos que a otro motivo. De hecho tanto Filipo como Demóstenes hablan de los acontecimientos desde el 342 como de un estado de guerra. El primero en una carta dirigida a los atenienses en el año 340 (*Dem.* XII, que contiene una lista de agravios de los atenienses contra los macedonios de los años previos, entre ellos el secuestro y tortura de uno de los emisarios de Filipo) dice en 5 que ni siquiera si la guerra se declarase «abiertamente» (ὄτε φανερώς διεφερόμεθα) sería posible concebir actos peores que los que los atenienses han cometido en los últimos tiempos contra Macedonia. En su réplica Demóstenes, que considera la carta una declaración de guerra, dice en §1 que Filipo «de hecho combate a Atenas desde hace tiempo, aunque de palabra busca ahora el acuerdo mediante la carta que nos envía» (τῷ μὲν ἔργῳ πάλαι πολεμεῖ πρὸς τὴν πόλιν, τῷ δὲ λόγῳ νῦν ὁμολογεῖ διὰ τῆς ἐπιστολῆς ἧς ἔπεμψεν).

En estas circunstancias, es difícil de concebir que Isócrates pensase en el año 342 en redactar un nuevo discurso proponiendo a Filipo cualquier papel de mediación o protagonismo en los asuntos griegos. No sólo era el *καίρος*, que él tanto procuraba observar en sus discursos escritos <sup>37</sup>, el que lo desaconsejaba, sino que incluso es muy probable que las nuevas circunstancias polí-

<sup>35</sup> [Dem.] *Sobre Hal.* 18 (atribuido a Hegesipo).

<sup>36</sup> Cf. Schaefer, o. cit., pp. 382-417.

<sup>37</sup> Hay setenta y una menciones al *καίρος* en los discursos de Isócrates, de las cuales ocho y siete corresponden al *A Filipo* y al *Panatenaico* respectivamente.

ticas hiciesen recapacitar a Isócrates sobre la viabilidad del proyecto expuesto en el *A Filippo*. El propio Isócrates, en una carta privada escrita al macedonio Antípato <sup>38</sup>, cuando ha estallado ya la guerra entre Atenas y Filippo, reconocerá que era arriesgado ponerse en contacto con los macedonios incluso cuando había paz entre ambos estados: «Aunque es peligroso para nosotros enviar una carta a Macedonia, no sólo ahora cuando estamos en guerra contra vosotros, sino incluso cuando había paz, sin embargo me decidí a escribirte...» <sup>39</sup>. El hecho de que Isócrates mantenga contactos privados con los macedonios nada tiene pues que ver con sus declaraciones públicas.

Si analizamos pues en este contexto un poco de cerca la mentalidad de nuestro orador y el gran aprecio que tenía a su δόξα, parece algo difícil de concebir que ahora, nonagenario, pretendiese oponerse frontalmente a la línea política dominante en Atenas precisamente cuando esta adoptaba una línea cada vez más agresiva contra Filippo y sus partidarios, algunos de los cuales tuvieron que exiliarse <sup>40</sup>. El discurso *A Filippo* del 346 era posible de concebir en medio de un ambiente de debate en torno a la paz y el papel del macedonio; por el contrario, reiterar estas propuestas públicamente en el año 342 era, más que improcedente, incluso peligroso, teniendo en cuenta que se exigían responsabilidades no ya por comportamientos presentes, sino por actuaciones pasadas de tres años atrás, justamente cuando Isócrates escribió su *A Filippo*. Isócrates había sufrido ya mucho por el proceso de la *Antídosis* (que motivó el más largo de sus discursos y una obsesión en el orador por el concepto de la δόξα a partir de ese momento que se plasma claramente en sus escritos)

<sup>38</sup> Sobre la autenticidad de la carta creo que no es posible suscitar duda alguna, precisamente por el carácter privado que asume (se trata de una carta de recomendación de un tal Diodoto ante Antípato). Acerca de la fecha no es posible mayor precisión que la que nos proporciona la indicación de que la guerra entre Atenas y Macedonia está declarada. Esto nos lleva a suponer en un principio una fecha posterior al 340 e intermedia a las dos fases de composición del *Panatenáico*. Pienso sin embargo que es posible que la carta sea anterior considerando que ya había un claro enfrentamiento entre ambos estados antes de esa fecha, tal como estamos viendo.

<sup>39</sup> *Ep.* IV 1: Ἐγὼ, καίπερ ἐπικινδύνου παρ' ἡμῖν ὄντος εἰς Μακεδονίαν πέμπειν ἐπιστολήν, οὐ μόνον νῦν ὅτε πολεμοῦμεν πρὸς ὑμᾶς, ἀλλὰ καὶ τῆς εἰρήνης οὔσης, ὅμως γράψαι πρὸς σὲ προσιλόμην ...

<sup>40</sup> Es verdad que Isócrates escribió un discurso conciliador entre Atenas y Macedonia en torno a los años de la guerra de Atenas contra Filippo por la toma de Anfípolis, tal como él mismo declara al comienzo del *A Filippo*, aunque la situación no estaba por entonces tan radicalizada. Además, el discurso no llegó nunca a terminarse porque se firmó entonces la paz de Antálcidas (*A Filippo* 7), lo que indica tal vez que Isócrates dudó en publicarlo (dudas que por otra parte le asaltan también con respecto a *A Filippo*, cf. 17-22) o que su redacción estaba próxima a la firma de la paz de Antálcidas y por tanto fue emprendida en un momento de aproximación entre los dos estados.

como para desear provocar nuevas acusaciones contra su actividad. Es de pensar que el silencio era la actitud más prudente. Hay que considerar además que Isócrates debía de ser muy consciente de que su propia debilidad física le incapacitaba ahora más que nunca para hacer frente a cualquier acusación contra él, que no podría quizás combatir ni siquiera con la menguada energía de octogenario que tuvo cuando redactó la *Antídosis*. No se trataba tan sólo de que su edad era casi centenaria, sino también de que el orador nunca había tenido la voz suficiente para pronunciar discursos en público, por lo que una acusación contra él ahora podría resultarle fatal. No dejan de ser curiosas en este sentido tanto las referencias a la debilidad física que salpican el *Panatenaico*, donde Isócrates da por vez primera (a sus casi cien años) la explicación de por qué no pudo ser un orador del ágora <sup>41</sup>, como los ataques a los oradores políticos de su época (cf. *infra*).

Es incluso probable que no sólo las circunstancias políticas generales desaconsejaron a Isócrates escribir un segundo discurso dirigido a Filippo, sino que el propio orador pudiera ser blanco de algunas críticas, algo que era quizás inevitable si consideramos la gran influencia de la que gozaba precisamente por su propia labor de escritor político y por la de sus discípulos. Ya Paul Wendland quiso en su tiempo ver en la obra de Demóstenes alusiones y críticas a la postura de Isócrates, pues consideraba que era absurdo suponer que dos hombres tan influyentes y rigurosamente contemporáneos en su actividad se hubieran ignorado mutuamente en su trayectoria política, que seguía unos derroteros tan enfrentados. La mayor parte de los paralelos que reseña Wendland pueden ser aceptados <sup>42</sup>, pero no son en su conjunto todo lo explícitos que

---

<sup>41</sup> Cf. 1-3 donde considera que los discursos que hizo de joven son inadecuados en su edad presente; 8 donde califica su edad como *δυσάρεστον, μικρόλογον* y *μεινίμοιρον*; 33-34 donde indica que hablará de ese tema en otra ocasión, si su edad se lo permite; 35-36, donde dice que escribir una alabanza de algo tan importante como Atenas es una empresa difícil para alguien de su edad, aunque, añade en 37-38, lo intentará si su edad le deja, pues ello le proporcionará una disculpa si no consigue lo que pretende; 88, donde pide perdón por una innecesaria digresión (el excursus de Agamenón) de la que tiene la culpa su mucha edad; 232, quiso quemar el discurso pero no lo hizo en atención a su edad y al esfuerzo que le había costado escribirlo ... Bien es verdad que en el *A Filippo* encontramos también numerosas apelaciones a su avanzada edad (como en 1, 10, 18, 27...), pero son también por los mismos motivos que las del *Panatenaico*. Las alusiones a la vejez reaparecen también en algunas de las cartas atribuidas a Isócrates, como la carta I a Dionisio, la VI a los hijos de Jasón y la V a Alejandro. Algunas de estas cartas sin embargo podrían ser ejercicios de escuela y repetir precisamente las alusiones a la vejez como un recurso fácil para caracterizar la persona del orador. Para esta cuestión cf. *infra*. nota 50.

<sup>42</sup> Especialmente clara es la crítica que dirige Demóstenes en su discurso *Sobre las sinmorías* 2, contra aquellos que escriben discursos inútiles en vez de proponer medidas prácticas y concretas de actuación, tal como él hará en su discurso. En este su primer

desearíamos<sup>43</sup>. Sin embargo, aunque ninguno de los ataques contra Isócrates o sus ideas en Demóstenes puede ponerse en relación con el *Panatenaico*, al menos despiertan un cierta sospecha de que la figura y obra de Isócrates pudo ser objeto de un cierto acoso en los últimos años de vida del orador y que esta circunstancia pudo motivar directamente la redacción del *Panatenaico*.

Una confirmación de esta sospecha se encuentra no ya en la obra demosténica sino en el propio *Panatenaico*. En 18-19 Isócrates dice en efecto al principio del discurso que ciertos ataques de los sofistas en el ágora contra su persona le llevaron a componer la obra. Isócrates precisa incluso más las acusaciones de que se le hacía objeto. Según nos cuenta, cuando estos sofistas recitaban a Homero, Hesíodo y otros poetas y repetían de memoria, con gran aplauso del público, los comentarios sobre ellos dichos anteriormente, uno de ellos, el más audaz (τολμηρότατος — es claro que Isócrates piensa aquí en alguien concreto, pero ¿quién?) atacó a Isócrates por despreciar tales cosas y en general todo tipo de conocimiento y educación de los demás (τάς τε φιλοσοφίας τὰς τῶν ἄλλων καὶ τὰς παιδείας) e interesarse sólo por los que seguían su instrucción (τοὺς μετεσχηκότας τῆς ἐμῆς διατριβῆς). Isócrates se sintió muy afectado al oír luego que algunos de los presentes dieron crédito al sofista (20) y se lamenta de las calumnias que se lanzan contra él. Después de una serie de consideraciones sobre cómo responderá a esos ataques (21-24) Isócrates decide finalmente decir unas pocas palabras a modo de refutación de las acusaciones que se le imputan, primero sobre cuál es su idea de la παιδεία (26-32) después sobre lo que piensa de los ποιηταί. Sin embargo al llegar a este punto, Isócrates considera que no es pertinente extenderse demasiado so-

---

discurso de alcance político, escrito en el 354, Demóstenes, aún reconociendo al rey persa como enemigo, intentaba disuadir al pueblo ateniense de emprender una guerra contra él sin estar preparado y llamaba la atención sobre otros enemigos de Atenas. Wendland consideraba con razón que el reconocimiento del peligro persa era una concesión de Demóstenes a las ideas isocráticas entonces imperantes, pero que en realidad Demóstenes estaba señalando ya aquí con el dedo al peligro macedonio como el más grave. La política de alianza con Persia que perseguirá Demóstenes en su enfrentamiento contra Filipo no podía sino conducirlo al enfrentamiento con Isócrates, que documenta Wendland en muchos aspectos. Es verdad que Demóstenes imitó el estilo de Isócrates en algunos aspectos reseñados también por Wendland, pero esto era algo lógico si consideramos la diferencia de edad y el prestigio de Isócrates y en nada atañe al debate político.

<sup>43</sup> Con razón se ha señalado que la irritante imprecisión de los ataques de Demóstenes contra sus enemigos políticos (que no identificamos a veces sino después de una labor crítica e histórica) corresponde a una reelaboración escrita de sus discursos y no a una reproducción literal de sus arengas asamblearias, en las que esta imprecisión es contraria a todas las reglas de la eficacia en el debate. Quizás, por lo tanto las invectivas contra Isócrates fueran más explícitas de lo que nos hace suponer el tenor de los textos conservados; en cualquier caso los propios textos ni apoyan ni desmienten esta posibilidad.

bre él pues ello alargaría demasiado el prólogo: si la vejez se lo permite y no tiene que manifestarse sobre asuntos más importantes, ya hablará de este asunto en otra ocasión. A continuación empieza directamente el discurso de alabanza de Atenas y concluye el proemio. La perplejidad del lector actual es grande en un primer momento, ya que se esperaba que si de verdad las acusaciones de los sofistas provocaron la indignación del orador y quizás la redacción del discurso, Isócrates pase al menos a replicar a la única crítica concreta que nos dice que éstos formularon contra él: su desprecio al estudio de los poetas griegos. Pero precisamente sobre este aspecto Isócrates no dice ni una sola palabra y, pese a su manifiesta indignación, relega el tema para una mejor ocasión que nunca llegó. Nos equivocáramos si pensáramos que el orador no ha sabido mantener el equilibrio del discurso y salta sin coherencia de un tema a otro.

Lo que ocurre en realidad es que esta acusación concreta de los sofistas fue tal vez sólo el punto de partida para acusaciones más graves contra su persona y su propia concepción de la *παιδεία*, que vale lo mismo que decir contra su actividad política, ya que ambos conceptos se funden en él. Sería un error pensar que Isócrates responde a estas acusaciones sólo con unos pocos párrafos en §26-32, en los que define su idea de las disciplinas que deben entrar en la educación de los jóvenes y nos da una preciosa definición del *παιδευμένος*. En realidad es posible pensar que todo el *Panatenaico* constituye su respuesta a esta acusación. En efecto, tras relatar estas acusaciones, señala Isócrates que «con razón me lamentaba al principio (ἐν ἀρχῇ) de la mala suerte que siempre me ha acompañado en estos asuntos y que es la causa de las falsas noticias que corren sobre mí, de las calumnias, de la envidia y de que no pueda alcanzar la fama que merezco (δόξα) ...». Si volvemos entonces la mirada al principio del discurso, adonde nos reenvía aquí el propio orador, leeremos entonces en §6 que el autor, antes de empezar, quiere decir unas palabras sobre él mismo para que el lector sepa a qué se dedica (περὶ ἃ τυγχάνω διατρίβων) y así pueda, poniendo fin a las calumnias, vivir él tranquilo el resto de su vida y el lector prestar más atención al discurso que sigue. Se puede pensar pues que estamos en presencia de una cuestión previa, de una precisión necesaria para que no se malinterprete su discurso. Pero es también posible pensar que el discurso en sí pretende, de modo práctico, descalificar las opiniones vertidas contra él por determinados sofistas y que el proemio únicamente sirve para darnos la pista sobre cuál puede ser su motivación última, por encima de los temas concretos que luego se tratarán.

Según esta hipótesis, los ataques de los sofistas del ágora fueron más allá de cuestiones de crítica literaria y censuraron las actividades de Isócrates como un educador político, censuraron en definitiva quizás su claro compromiso con

Filipo (expresado cuatro años antes en su *A Filippo*) en un momento en el que la escalada de provocaciones entre Atenas y Macedonia conducía inevitablemente a la confrontación abierta. ¿Es posible que en el ambiente caldeado de aquellos años resonaran algunas voces contra el orador por hablar de cuestiones políticas que no eran de su incumbencia y en las que él no estaba experimentado por permanecer lejos del ágora? ¿Es posible pensar que estas acusaciones llegaran incluso a cuestionar el patriotismo de Isócrates por sus consejos a Filipo? ¿Es posible entonces que Isócrates pensase que la mejor manera de probar tanto la validez de su sistema educativo contra las críticas de los sofistas como su patriotismo frente a los antimacedonios fuese escribir un discurso en alabanza de Atenas? De esta forma acallaba doblemente a los críticos dando muestras de su patriotismo y de la utilidad de su labor. Esta posibilidad explicaría que las referencias a su prestigio y labor salpiquen gran parte de una obra (sobre todo la parte inicial) consagrada a la gloria de Atenas: al escribir este discurso en alabanza de Atenas lo que estaba haciendo realmente Isócrates era defender su propio prestigio; el panegírico de Atenas era sólo el instrumento escogido para su rehabilitación. Que esta suposición no es mera especulación lo prueban dos consideraciones.

1. En primer lugar sus críticas en el prólogo no se dirigen sólo contra los sofistas. Ya en 5 dice Isócrates que es calumniado por los sofistas (ὕπὸ μὲν τῶν σοφιστῶν) y que es descrito por otros (ὕπὸ ἄλλων δὲ τινῶν) no como es, sino tal como oyen que es por boca de otras personas. Es probable que Isócrates se refiera aquí al pueblo llano, que no entiende cuál es su actividad, manipulado como está por las acusaciones de los sofistas, y de hecho en 23-24 habla de la inutilidad de corregir los prejuicios de los ἰδιωταί contra él. No obstante, de ello no se deriva necesariamente que sean los sofistas los responsables únicos de la mala prensa de la que goza Isócrates ante el pueblo. Isócrates no ahorra en efecto palabras para descalificar directamente a los oradores de la asamblea en el *Panatenáico*. En 10-11, cuando narra por qué sus condiciones físicas le obligaron a no dedicarse a la política activa en la asamblea, parece que estamos no ante una sencilla explicación, sino ante una defensa frente a la idea de que la política sólo puede practicarse como orador ante las masas. De hecho Isócrates considera en 11 que merece que se le honre mucho más (τιμᾶσθαι) que a los que se presentan ante el estrado (τῶν ἐπὶ τὸ βῆμα παριόντων) en la medida que los temas de sus discursos son mucho más importantes y nobles que los de aquellos. A continuación critica en 12 a estos ῥήτορες (un grupo diferente de los sofistas) porque sólo persiguen su beneficio en vez de, como él, el bien del ciudad. Describe a continuación a estos oradores como envueltos en disputas internas sobre fianzas de dinero y calumniándose entre sí, para resaltar el noble tema de la concordia entre los griegos y la lucha

contra el persa que fue siempre su preocupación. Concluye esta comparación en 15 calificando su mentalidad y la de estos oradores como muy diferente y quejándose de que el pueblo, a pesar de criticar a los oradores, les haga «responsables del estado y dueños de todas sus decisiones» (προστάτας ἀντὸς τῆς πόλεως ποιοῦνται καὶ κυρίουσ ἀπάντων καθιστᾶσιν). La referencia a Demóstenes es innegable, pues éste era el orador responsable de la política ateniense en el momento de publicación del discurso. La crítica a los oradores políticos de su tiempo, mucho más virulenta en el discurso anterior *A Filipo* <sup>44</sup>, no puede ser lateral a la motivación del *Panatenaico* en la medida en que éstos oradores, como bien sabía Isócrates, eran simplemente los enemigos de su labor de estadista político <sup>45</sup>.

El problema sería entonces cómo compaginar las referencias a los sofistas con las referencias a los oradores de las asambleas: ¿estamos ante dos grupos o ante uno solo? <sup>46</sup> En realidad es difícil llegar a una conclusión clara, en la medida en que sería preciso para ello contar con alguna referencia inequívoca fuera del texto que permitiese superar la dicotomía que marca éste. Por mi parte pienso que no es difícil pensar que los sofistas, más allá de sus posiciones filosóficas, participasen activamente en el debate político, como cualquier ciudadano responsable, y compartiesen o incluso alentasen muchas de las ideas que se debatían en la asamblea. Es posible por lo tanto que muchos de estos sofistas siguieran al partido hostil a Filipo, lo que permitiría entender las alusiones entremezcladas a ambos grupos — y al pueblo que les escuchaba — que están presentes en el proemio del *Panatenaico*. Esta interpretación confirmaría que las críticas que se dirigieron a Isócrates desde la escena política motivaron en primera instancia la escritura del discurso <sup>47</sup>.

<sup>44</sup> Cf. *A Filipo* 12-13, 25, 81-82, 129 (en estos dos últimos pasajes caracterizados claramente como οἱ ἐπὶ τοῦ βήματος).

<sup>45</sup> Cf. infra nota 48 para un paralelo claro entre en 135 y 263.

<sup>46</sup> La proximidad de ambos grupos se observa en las críticas conjuntas que les dirige Isócrates por ejemplo en *A Filipo* 12, donde dice que los discursos ante las asambleas son tan inútiles como las constituciones y las leyes (πολιτεία και νόμοι — en clara alusión a Platón) confeccionadas por los sofistas.

<sup>47</sup> Dado que Ch. Eucken, «Leitende Gedanken im isokratischen Panathenaios», *Museum Helveticum* 39, 1982, pp. 44-45, ha demostrado que gran parte del discurso puede entenderse como referencia a los seguidores de Platón (que recordemos murió ya en el año 347) es posible plantearse las tendencias antimacedonias de algunos de estos platónicos. Éstas podrían haber sido las verdaderas causas de que Aristóteles se exiliase de Atenas después de la toma de Olinto en el 348. Pienso que aunque hubiese entonces un sentimiento antimacedonio muy fuerte en la vida política ateniense, éste no tenía por qué comprometer necesariamente la vida del estagirita, pese a que incluso su lugar nacimiento le hiciese sospechoso a ojos de muchos atenienses. Además las posibilidades de llegar a un entendi-

2. En segundo lugar, el párrafo 236 parece confirmar nuestra interpretación de que Isócrates compuso el discurso para acallar las críticas que se dirigían contra él y recobrar su δόξα amenazada y el apoyo de sus conciudadanos. El discípulo proespartano está valorando las razones que llevaron a Isócrates a componer una alabanza de Atenas y dice que Isócrates «escogió sensatamente alabar a su propia ciudad para agradecer al común de sus conciudadanos» (237). Me llama la atención no la afirmación en sí, que no pasa de ser una obviedad, sino el énfasis que se le da aquí, que parece contradecir un tanto la idea machaconamente repetida por Isócrates en su obra de que su labor está al servicio de su polis y no de sí mismo. Es más, el discípulo proespartano, hace esta afirmación como la clave para entender el discurso, lo que confirma que este carácter de justificación de su propia labor que en cierto modo asume el *Panatenaico*, está en la raíz de su composición. Si tenemos en cuenta además, que Isócrates no se molesta en desmentir la interpretación que da el alumno de su discurso, podremos considerar ésta como válida, siguiendo así un camino que han recorrido cuantos estudiosos se han acercado antes a esta parte final del discurso.

Se puede objetar a esto que también en 37-38 da Isócrates razón de las causas que le llevaron a componer el discurso y que entonces utiliza palabras muy diferentes. Dice en efecto nuestro orador que escribió el discurso por cuatro razones: 1) para rebatir a los que critican su ciudad; 2) porque muchas alabanzas de Atenas que se han escrito son torpes y parciales; 3) porque algunas alabanzas son excesivas y han provocado la hostilidad de otros contra Atenas; 4) porque su vejez le servirá de disculpa ante la exposición de un tema tan difícil. El hecho de que considere este último motivo como la causa fundamental que le llevó a componer el

---

miento con los macedonios eran entonces claras, como lo probó la paz firmada poco después en el 346 y a la que nos hemos referido, una situación muy diferente de la que existió después en el periodo de 342-338. Es posible por lo tanto que el sentimiento antimacedonio afectase a Aristóteles no como meteco, sino como miembro de la academia platónica y que los motivos que le llevaron a abandonar ésta fueran más políticos que filosóficos. Todo esto es evidentemente conjetural, pero de lo que no cabe duda alguna es que los filósofos del siglo IV eran también ciudadanos de una polis y que no estaban en modo alguno al margen de las vicisitudes de la política ateniense del momento, con todas las repercusiones que ello tenía en su vida privada y educadora. Leyendo las páginas de Schaefer veremos que una gran parte de los políticos atenienses del periodo estudiaron con Platón o Isócrates. Dada la poca fiabilidad de las noticias antiguas sobre los maestros, es difícil asignar una orientación política a cada escuela a partir de estos datos. Figuras de primer rango como Licurgo o Hipérides, claros adversarios de Filipo, son considerados por las fuentes discípulos tanto de la Academia como de Isócrates, aunque ignoramos cómo se manifestó su fidelidad a ambas escuelas en su actividad política.

discurso (πάντων δὲ μάλιστα) despierta un poco nuestras sospechas, ya que se trata de una excusa tópica y además el orador ya hizo una alabanza de Atenas en otras ocasiones, como en el *Panegírico*. Da la sensación en efecto de que Isócrates está justificando la elección del tema, pero que en realidad nos oculta la finalidad del discurso, que es algo muy diferente y que tiene que ver en parte con la situación política y las críticas concretas que se le han formulado. Una confirmación de esta suposición la podríamos encontrar en el propio discurso *A Filipo*, donde nuestro orador anticipa en 128, en cierto modo de manera premonitoria, las críticas que vendrán luego a su discurso con las siguientes palabras: «Quizás algunos, de aquellos que no saben hacer otra cosa, se atreverán a censurarme porque decidí exhortarte a combatir los bárbaros y a tutelar a los griegos, relegando a mi propia ciudad (παραλιπὼν τὴν ἑμαυτοῦ πόλιν)». Bien es verdad que Isócrates se justifica en 129 diciendo que ya confió a Atenas en otros discursos suyos la misión que en este momento encarga a Filipo y que al no obtener resultado alguno dirige ahora sus miradas al macedonio. Pero es probable que esta explicación no fuese suficiente, que las críticas se produjeran a pesar de todo, que Isócrates escribiera el discurso *Panatenaico* para acallarlas y que el discípulo nos revele la finalidad del mismo al indicar que lo compuso «para agradar al común de sus conciudadanos».

Se trata pues de ver ahora brevemente si el tratamiento del tema en la parte central del discurso (35-229) responde a esta finalidad de replicar a las críticas que se le formularon.

### 3. *La falsa alabanza de Atenas y el doble sentido del discurso.*

Isócrates quiso vindicar su patriotismo y defender su prestigio como orador político escribiendo un elogio de su ciudad, preterida en el *A Filipo*, pero ello no implicaba obviamente una retractación del orador con respecto a su postura crítica frente a la contemporánea democracia ateniense. La solución al dilema planteado por esta contradicción era fácil y seguía planteamientos como los expresados por el orador en su *Areopagítico*: el discurso no sería una alabanza de Atenas, sino un elogio de la antigua política y constitución ateniense. No hay en efecto en toda la parte central del discurso dedicada a la σύγκρισις de Atenas y Esparta, ni un solo pasaje que pueda entenderse como una aprobación o complacencia con la actual política y constitución del estado ateniense, dirigido por los mismos oradores y demagogos que Isócrates fustigó en su proemio. Más bien se observa a menudo que en la alabanza hacia modelos y actuaciones pasadas subyace una crítica implícita a la situación presente, que el propio orador se esfuerza en hacer explícita en numerosos pasajes con comentarios muy reveladores.

En 5, en un pasaje programático al comienzo del discurso dice Isócrates que hablará *περὶ τῶν τῆ πόλει πεπραγμένων καὶ περὶ τῶν προγόνων ἀρετῆς*, una afirmación que parece alejar el discurso de la política contemporánea y situarnos en un tiempo pasado. Se tratará, como veremos, de un espejismo. En el apartado inicial tras el prólogo (38-108) Isócrates se dedica efectivamente a ensalzar las acciones de los atenienses hasta las guerras médicas (44-52), pero también y con más detalle a justificar o relativizar frente a las brutalidades de Esparta los excesos cometidos por Atenas durante su hegemonía marítima (53-70 y 89-108; en medio el excursus sobre Agamenón de 71-88) valorando el hecho de que Atenas contuvo a la vez a Esparta y al persa. Se reconocen aquí los abusos de Atenas durante el siglo V a.C., pero se aminoran diciendo que Atenas imitó a Esparta (101). En el apartado 109-150 que compara las antiguas constituciones de las dos ciudades, Isócrates revelará más claramente su intención de criticar la política presente de Atenas al tiempo que alaba su pasada constitución anterior a las guerras médicas. En 114 declara que no hablará de la constitución actual (s. V- IV a.C.) que su padres (*οἱ πατέρες ἡμῶν*) adoptaron (tras las guerras médicas a principios del V a.C.) de la de los «antepasados» (*οἱ πρόγονοι*, desde Teseo hasta Solón) y que «nosotros hemos heredado necesariamente (*ἀναγκασθέντες μετελάβομεν*)». La alabanza inicial de la constitución de los *πρόγονοι* se va precisando a medida que avanza el discurso con referencias claras a la constitución presente de Atenas que actúan como un claroscuro para resaltar los méritos y virtudes del antiguo sistema político. Valgan unos ejemplos como botón de muestra: 131: el gobierno de los sucesores de Teseo era una auténtica *δημοκρατία* que se sirve del concurso de los mejores (*ἀριστοκρατία χρωμένη*) y no una «que es gobernada al azar y en la que se considera libertad la licenciosidad»; 135: su discurso es pertinente salvo para aquellos que se complacen en los que calumnian en las asambleas (*τοῖς ἐν ταῖς πανηγύρεσι ... λοιδορουμένοις*)<sup>48</sup>; 140-142: los antepasados expulsaron del poder a toda una serie de personajes, cuyos vicios Isócrates enumera y tras los que podemos ver claras referencias a políticos contemporáneos; 144: la antigua constitución tenía pocas y buenas leyes, no como las que hay ahora (*οὐκ ὁμοίους τοῖς νῦν κειμένοις*) que son confusas y contradictorias; 145: los antepasados eligieron para las magistraturas a gentes que sólo ambicionaban prestigio y que por él se hacían cargo de las *λειτουργίαι*: «¿quién soportaría esto en las actuales circunstancias?» añade el orador (*ἂ τίς ἄν ἐν ταῖς νῦν καθεστῶσιν ὑπομείνειεν;*); 146: Se castigaba al que no cumplía en su cargo, «de forma que ninguno de los ciudadanos actuaba ante los cargos

<sup>48</sup> Cf. 263 donde el discípulo proespartano se refiere, dirigiéndose a Isócrates, a los *λοιδορουμένους τοῖς λόγοις τοῖς σοῖς ἐν τοῖς ὄχλοις τοῖς πανηγυρικοῖς*.

como ahora (ὥσπερ νῦν), sino que más bien los rehuía del mismo modo que ahora los busca (νῦν διώκειν)». Estas referencias al momento presente continúan en el apartado siguiente dedicado esencialmente a describir cómo Atenas aportó más seguridad antaño que Esparta al hacer frente a los bárbaros (151-198): Tenemos así: 159: ni las grandes ciudades de los griegos se avergüenzan ahora (νῦν) de ambicionar el oro persa, frente a lo que ocurría antaño; 162-163: Atenas y Esparta aspiran ahora (νῦν) a dominar a los otros griegos y no a combatir al bárbaro como antes y envían embajadas al persa para ello (clara alusión a Demóstenes aquí) ... En vista de todo ello parece claro que Isócrates, frente a lo que pudiera pensarse en una primera lectura, aunque quizás creía realmente que la constitución antigua de Atenas era tal y como él la describía, estaba en realidad utilizando un antiguo modelo como excusa para contrastarlo con el presente estado de las cosas y revelar así sus vicios. Se trata al fin y a la postre de un procedimiento muy similar al usado por los pensadores de teoría política de la Europa moderna, que reconstruyeron (en realidad: inventaron) las bases una sociedad ideal ubicada en el pasado a la hora de justificar o detallar los vínculos o pactos que sustentaban la sociedad de su época. De hecho el propio Isócrates reconoce indirectamente en 149-150 su ignorancia sobre el período arcaico ateniense, cuando afirma que alguien le podría acusar de ser demasiado preciso en las observaciones que hace sobre tan lejano período, objeción a la que responde simplemente diciendo que muchos más que él creen en la tradición.

No menos interesante que esta crítica al momento presente es el hecho de que, a pesar de las apariencias, la imagen de Esparta, no es tan negativa como podría sugerir una primera lectura poco atenta. Si observamos bien aquellos pasajes en los que se critica más a Esparta, veremos que lo que diferencia a la polis laconia de la ateniense es a veces, más que una cuestión de valores, una de grados. Se trata en efecto siempre de subrayar que Atenas ha beneficiado más que Esparta al conjunto de todos los griegos, ya sea con la colonización de Asia Menor (42-44 y 164-167), ya sea en las guerras médicas (49-52) o en otras ocasiones. Importa subrayar el papel positivo de Atenas y para ello es inevitable la crítica a Esparta, a la que se censura por ejemplo su actitud insolidaria en el Peloponeso (45-46). Sin embargo es posible apreciar cómo, al margen de estas críticas inevitables a Esparta para resaltar mejor el papel de Atenas <sup>49</sup>, el discurso equipara constantemente a las dos ciudades en deter-

<sup>49</sup> Las críticas a Esparta son especialmente virulentas en 204-214 y 218-228, precisamente en el cierre del discurso propiamente dicho en alabanza de Atenas, en la parte redactada en el año 339 ante las primeras objeciones adelantadas por el discípulo proespartano. Sin embargo el propio Isócrates reconoce que aunque ha salido victorioso de este primer debate, su discípulo se quedó más sabio y él ἀνοητότερος (230). Es más, al releer

minados aspectos negativos. Algunos ejemplos: 53: Isócrates no puede alabar a ninguna de las dos ciudades (ὄλως μὲν οὖν οὐδετέραν ἐπαινῶ) porque ambas se sirvieron mal de su hegemonía marítima — aunque Atenas menos mal que Esparta; 57: ambas ciudades eran odiadas por sus aliadas (ἐκ τούτων ἀμφοτέραι μισηθεῖσαι) — aunque la mayor duración de la hegemonía ateniense indica que debía ser más justa; §70: hubo estados arrasados por las dos ciudades (περὶ τοίνυν τῶν ἀναστάτων γεγενημένων ὑφ' ἑκατέρας τῶν πόλεων); 97-98: la mayor parte de la gente acusa a ambas ciudades (πλείστοι μὲν οὖν κατηγοροῦσιν ἀμφοῖν τοῖν πολέοιν) por esclavizar a sus aliados — pero esto no es verdad para la Atenas de los antepasados; 99: se mencionan matanzas y desórdenes que algunos atribuyen a ambas ciudades (ἀμφοτέροις τινὲς ἡμῖν ἐπιφέρουσιν) — pero se niega rotundamente que Atenas fuera responsable de ellos antes de la derrota del Helesponto (405 a.C.); 156: las dos ciudades (τὸ πόλεε τούτω) fueron responsables de los mayores bienes y mayores males para Grecia; 161: los antepasados de Atenas fueron mejores que los que gobernaron Atenas y Esparta después de la guerra contra Jerjes ...

Da la impresión en conjunto de que la crítica a Esparta era para Isócrates sólo instrumental y que fue ésta precisamente la razón de que nuestro orador dejase en 235 la palabra a su discípulo proespartano para revelar sus verdaderas intenciones al criticar Esparta. En efecto, el discípulo no ve nada de crítica a Esparta en el discurso de Isócrates. Textualmente: «Me sorprende que estés tan afectado y a disgusto como afirmas por lo que has dicho sobre los lacedemonios, pues yo no veo nada escrito de ese tenor en tus palabras (οὐδὲν γὰρ ἐν αὐτοῖς ὀρῶ τοιοῦτον γεγραμμένον)». Esta relativización, por otra parte, ya fue observada acertadamente Elio Arístides cuando afirmó en su *Panatenáico* (238) a propósito de que aquellos que critican a Esparta para ensalzar a Atenas: «Pero, si se me permite decir algo paradójico (παράδοξον) me parece que consiguen el efecto contrario al que pretenden, pues ensalzan más a aquellos [los espartanos] que alaban a su propia ciudad, y creo que recibirán de ellos un agradecimiento mayor por sus difamaciones que de nosotros por sus elogios». Arístides pensaba que comparar a Esparta con Atenas redundaba, pese a las críticas, en beneficio de la primera simplemente por la equiparación que suponía de ambas ciudades. Algo similar pudo pensar Isócrates, que, como vemos, con frecuencia junta en el mismo saco a las dos rivales. Pero por encima de esto, la alabanza de la antigua Atenas que ocupa el centro del discurso es sobre todo una condena de los rivales políticos contemporáneos de

---

el discurso, Isócrates piensa que lo que dijo contra Esparta no fue ni μετρίως ni ὁμοίως, sino ὀλιγόρως y ἀνοήτως (232) y que se sintió incluso tentado en bastantes ocasiones (πολλάκις) de quemar el discurso.

Isócrates. En cualquier caso, es en esta doble lectura en donde hay que ver la calculada ambigüedad del discurso a la que hace sin duda referencia el discípulo proespartano en 240 cuando afirma que el discurso encierra λόγους ἀμφιβόλους. El παράδοξον de Aristides parece reflejar precisamente esta aparente contradicción.

#### 4. Conclusiones.

A la vista de cuanto llevamos visto, es posible pensar que Isócrates, al escribir el *Panatenaico*, pretendía reafirmar su posición como patriota y su prestigio como educador, y que para mejor llevar a cabo esta finalidad, escogió como tema la alabanza de su ciudad natal, Atenas. Sin embargo Isócrates no estaba dispuesto en modo alguno a retractarse de sus posiciones políticas anteriores, por lo que se sirvió de esta alabanza para criticar los excesos demagógicos de Atenas que la habían orientado a una política con la que él no estaba de acuerdo. El programa del *A Filipo* es obviado y pasa a un segundo plano. Isócrates reivindica su prestigio como orador dando una lección magistral y práctica de sus ideas, demostrando por un lado su alta estima hacia Atenas y criticando al mismo tiempo su sistema político actual. El carácter de «lección» queda perfectamente resaltado gracias a la discusión con los alumnos en el tercio final, cuando se revela por boca del proespartano la ambivalencia calculada de este sibilino elogio de la πόλις ateniense. Isócrates, coherente consigo mismo, realizaba así un falso encomio de Atenas, que le permitía restañar las heridas que había abierto su *A Filipo* y al mismo tiempo ser fiel a sus propias convicciones. Para ello se sirvió de λόγους ἀμφιβόλους, de forma que su propósito no quedara claramente manifiesto sino después de una segunda lectura, algo que convirtió a este complejo discurso en una obra reservada al todavía limitado círculo de lectores atenienses — y no a las masas de la asamblea que tanto despreciaba nuestro orador y cuyo poder, por otra parte, no debía minusvalorarse en ese momento.

Para dar como válida esta interpretación del *Panatenaico*, es preciso sin embargo ver en qué medida encajan o no con cuanto llevamos dicho las cartas que escribió el orador a los gobernantes macedonios, especialmente la carta a Alejandro y la segunda carta a Filipo. En la primera, Isócrates alaba al hijo de Filipo en términos superlativos en una fecha en la que el enfrentamiento con Atenas era manifiesto; en la segunda Isócrates felicita al propio Filipo por su victoria en Queronea, una actitud que podría quizás parecer poco oportuna en momentos de derrota y cuando el prestigio de los partidarios de la guerra seguía a pesar de todo incólume. Para ver si estas dos cartas desautorizan o no nuestra interpretación dedicaré al particular un subsiguiente artículo, que

constituirá la tercera y última parte del presente estudio <sup>50</sup>. El problema de la autenticidad desempeñará un papel central en el análisis de la cuestión.

JUAN SIGNES CODOÑER

---

<sup>50</sup> Se titulará: «El Panatenaico de Isócrates: 3 - Las cartas a los macedonios».